

DIGERIR EL MAZAPAN

Por mi parte he tratado de cumplir con todos los preceptos para pasar unas santas y felices Pascuas, pero no ha habido forma. Como todos los años, unas bandadas de ángeles nos anunciaron la buena nueva; el «gordo» de la Lotería salió muy repartido entre sanos, honestos y pobres trabajadores; el Niño nació en el portal de Belén rodeado de pastores de los que todavía no cobran la carne de cordero a quinientas pesetas el kilo; a los tres Reyes Magos del Sindicato los recibió el alcalde en el balcón y las sotas repartieron el cargamento de mantas entre la gente del suburbio; ilustres damas montaron un puchero colectivo para dos artistas jubilados. Todo ha funcionado bien, según el prospecto de mano. Uno, para celebrar las fiestas santamente, se ha sentado quince días en el sofá comiendo mazapán, turrón y polvorones de la acreditada casa Pedro Caba, y se ha levantado cada media hora a berber agua para que el ladrillo fraguara en el estómago. Pero no ha habido forma.

Por nuestra parte, los españoles hemos tratado de cumplir todos los preceptos para pasar unas santas y felices Pascuas; en cambio, está visto que en el extranjero se obedece a malsanas consignas, y pasa lo que pasa: mientras los querubines afinaban las trompetas de la Nochebuena, un terremoto destruye Managua; los norteamericanos, vestidos de Santa Claus, bombardean masivamente Hanoi, como un nuevo Herodes que, después de la sangrienta escaechina, dice «¡Okay!» y corre a limpiarse los dientes con pasta de sabor a menta; los supervivientes de un avión para sobrevivir tienen que comerse al compañero de asiento con el que poco antes comentaban la belleza del paisaje desde la ventanilla; en Irlanda del Norte se felicitan mutuamente las Pascuas arrojándose bolas de nieve con dinamita; un comando de Septiembre Negro rapta a unos diplomáticos judíos vestidos de etiqueta y llenos de medallas. Francamente, si esto hubiera sucedido por los Carnavales, cuando por ahí fuera se vive en pecado mortal, el señor Guerra Campos le taparía la boca a uno en seguida con tres versículos del libro de los Salmos. Pero si esto pasa en Navidad, es que los extranjeros no leen los editoriales de «Ya».

Por fortuna, los españoles estamos a salvo. Somos buenos, honrados y trabajadores. Bendecimos la escudilla antes de comer, rezamos las oraciones antes de acostarnos, nos duchamos en calzoncillos o en camisión para no caer en las tentaciones. Y eso, al final siempre se nota. Como tampoco somos perfectos, Dios nos hace sentir un leve jadeo en este primer repecho de la cuesta de enero. Pero eso es, nada. Una amable advertencia por algún pecado venial.

VICENT

